



ANTAÑO O UN CRPUS VIEJO EN MADRID

FARSA SACRAMENTAL DE LAS BODAS DE ESPAÑA

FIGURAS: LA HISTORIA
ESPAÑA
TIEMPO

GUERRA
IGNORANCIA
HAMBRE

TRISTEZA
AMOR DIVINO
LA FE

LOA

El que sale a recitar,
muy magníficos señores,
aunque diestro en el hablar,
tantos gustos ha de dar
que le toman mil temblores.
Aquí no basta destreza
si no vamos viento en popa,
porque el que menos tropieza
le cortan por gentileza
los auditores da ropa.
Si salió bien la figura
vestida a lo natural,
si dijo la copla mal,
si el auto turó o no tura,
si fué bueno, o no fué tal,
es como el que está a la mira
de la pendencia o batalla;
que si alguno se retira
consigo propio se aira
por no poder acaballa.
Pero puesto en el encuentro,
quisiera no ser nacido
o meterse allá en el centro
primero que verse dentro
de tal batalla metido.
Ans' qu'el que está mirando,
más recita que recito:
y si aquí se viese hablando,
estaría más temblando
que ant' el lobo el corderito.

ESCENA PRIMERA

ESPAÑA, LA HISTORIA Y EL TIEMPO

HISTORIA. España, mi hija querida;
tu discreción y tu edad
me solicita y convida
para que con brevedad
busque sosiego a tu vida.

Eres doncella, hermosa
y en todo perfeccionada;
rica, sabia, poderosa,
y de muchos codiciada
para hacerte por esposa.
Y aunque el poder codiciar
está en manos de cualquiera,
no por aqueso se infiera
que te tiene que llevar
si no el que te mereciera.
Mi voluntad es aquesta:
saber la tuya me resta.
Aunque tienes discreción
tal, que para mi opinión
estarás conforme presta.

ESPAÑA. Historia, señora mía;
especie de demasía
es tal prevención hacer,
teniendo entero poder
sobre la voluntad mía.
Haz de mí lo que mandares
como de la hacienda tuya,
y tu intención se concluya
que en todo cuanto ordenares
no temas que redarguya,

HISTORIA. Al tiempo tengo avisado
que tenga de esto cuidado
de ser tu casamentero;
que es conversable y ligero
y del mundo muy tratado.

TIEMPO. Historia, reina y señora,
para mí lo dicho baste,
porque después que intentaste
este negocio, a la hora
procuré lo que mandaste;
y ansí yo dile a entender
a todo el orbe criado
que España tomaba estado;
por lo cual es de creer
no le faltará velado.
Y porque entiendas de mi,



que he hecho la diligencia
con cuidado y suficiencia,
ve que ya vienen aquí
dos novios a tu presencia.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, LA GUERRA Y LA IGNORANCIA

IGNO. ¡Catá, que sois de notar!
¡Por Dios, donosa alimaña
Tenían de desposar
con tal moza como España,
y a la Ignorancia dejar!
Que para vos la mujer
a lo que entiendo, ha de ser
alguna vieja maldita,
que os guerres y os de grita
a las horas de comer.

TIEMPO. Hermanos, tened paciencia
que es cosa de gran disgusto
que con tan grande imprudencia,
sobre la capa del justo
tengáis aquí diferencia.
Y si casaros queréis,
manifestar vuestro intento
y las prendas que tenéis,
y en arras y casamiento
a España, qué le daréis.

IGNO. ¡Pardios, vos habéis hablado
como buen casamentero!
¡Alto, sús, señor soldado:
salid a plaza y rasero,
pues que venís tan fichado!

GUERRA. Yo soy la guerra, nombrado
propietario rey del mundo,
tan temido y respetado
que, aun dentro allá del profundo
tengo asiento señalado.

A ningún sejo y estado
falta Guerra en esta vida,
y aun la doncella escondida
pasa su trance forzado
del golpe o de recudilla
si quisiera asegurar
mi valor y mi poder:
pudiera mucho alegar
pero aquí no es menester,
que basta solo apuntar
las arras que yo dar puedo
a España: son mis despojos
heridas, gastos, enojos,
un velar siempre con miedo
y sin poder cerrar los ojos.

IGNO. ¡Oh, qué piezas tan ruines!
Granilla mala os matase,
a quien de vos se encargase
gran deseo de chapines
tendrá quien con vos casase.
Yo si que soy gran persona,
pues ninguno es tan constante
que me saque de ignorancia:
desde el fraile de corona
hasta el soldado arrogante,
hablando con reverencia,
todos sois unos badajos,
pues no tenéis suficiencia
para llevar los trabajos
con discreción y prudencia.
Y pues esto es cierto así
como os decía denantes
todos vivís dentro de mí,
y todos sois ignorantes
y yo soy el rey aquí.

HISTORIA. Ignorancia, no conviene
casar a España contigo,
busca otro albergue o abrigo
que de más linaje viene.

IGNO. Pues valdrá para testigo:



- que a fe que aunque me deseche,
que muy poco le aproveche:
que deudos tengo en España,
aunque tengo en Alimaña
la tienda de mi escabeche.
- HISTORIA. Vos, Guerra, esperad debéis
que, si razón se os mantiene,
fuerte derecho tenéis;
pero agora no conviene
que con España caséis.
- TIEMPO. Ya vienen más pretensores,
aunque su demostración
les niegue tener acción
a las riquezas y honores
de su dulce pretensión.

ESCENA III

DICHOS, EL HAMBRE Y LA TRISTEZA

- IGNO. ¿Qué diablo de gente es ésta?
¡Oh, que en tal hora vengáis!
Perdoná si me escucháis
señor; ¡que en día de fiesta
tan triste ható traigáis!
Aunque este debe de ser
biznieto de la cuartana,
y esotro debe tener
la bayeta por hermana
o por suegra o por mujer.
Decí, señor enlutado:
¿Por quién hacéis tan gran duelo?
¿Háseos muerto algún abuelo,
o es por ventura entonado
el que se ha subido al cielo?
Y vos, gesto de calambre:
¿Quién sois y cómo os llamáis,
y esotro con quién andáis?
- HAMBRE. Yo soy llamada La Hambre.
- IGNO. ¡De vuestro nombre muráis!
- TRISTEZA. ¡Buen nombre tenéis a fe!
¡Canafistola pensé!
¿O venís a buscar amo?
Porque yo no atino a qué.
- HAMBRE. Venímonos a casar
con España el que pudiere.
- IGNO. Eso será si ella quiere:
que no es mucho en os mirar
se aburra o se desespere.
Aunque si ella me creyese
(Yo os do la fe.) yo me fuese
dando gritos a Don Diego
que por intento tan ciego
encorozar os hiciese.
¿Moza de tal hermosura
tenía de desposar
con la misma sepultura?
No es cosa de imaginar
entre gente de cordura.
- HISTORIA. Tristeza y Hambre, decí:
¿qué causa o qué movimiento
os hizo venir aquí
a intentar tal casamiento?
- HAMBRE. Pues nos preguntas, oi.
Yo soy hambre, que en la tierra
soy la cosa más temida
que tiene la humana vida,

- y la verdadera guerra
que no puede ser vencida.
Y si bien lo queréis ver
mirad el año pasado
si me sintió todo Estado,
y lo que viniera a ser
si yo no hubiera cesado.
- IGNO. Graci'a Dios, Abril y Mayo,
y a vos muy pocas mercedes
que el deseo que teníedes
era dejarnos sin sayo
dándonos el pan por redes:
aunque aquí el ayuntamiento
mediante el celo y calor
que tuvo el Hacedor
fué causa de dar sustento
a la gente sin valor.

- TRISTEZA. No quisiera disputar
si mis fuerzas son mayores;
pero por hacer callar
los indignos pretensores
no es justo disimular.
Historia, Tiempo y España,
¿habrá algún hombre nacido
tan poderoso y valido
que por arte, fuerza y maña
se haya de mí defendido?
Dende que a vivir empieza
el hombre, hasta que se muere,
no hay bien que en él persevere,
ni le faltará tristeza
mientras que en mundo fuere.
Si no, dadme el más cabal
en quien más gozo consiste,
y preguntadle a ese tal
si ha dejado de estar triste
en un día natural.
A lo moderno vengamos:
ved si se guardan mis leyes,
que aun de presente lloramos
por haber muerto dos reyes
en cuatro meses entramos.
Y pues yo vengo enlutado
bella España, y vos lo estáis
o ha poco lo habéis estado,
justo es que me admitáis
para vuestro desposado.
- IGNO. ¡Calle el percha de ropero,
o escrito de mal agüero,
o baúl de enterramiento,
o nuncio del cancerbero!
- HISTORIA. Entended Hambre y Tristeza
que, aunque habéis bien referido
vuestro poder tan temido,
que de más casta nobleza
pretende España el marido.
- IGNO. Mira, gente tan lucida
por acá no vale nada:
que os digo, tranca no dieta
por vosotros, si os tragera
a vender desde Granada.
Estos, si cuerpo de mí,
qu'es gente lucida y nueva:
yo apostaré desde aquí
qu'es aqueste el que la lleva
a pesar vuestro y de mí.



GUIA ANECDOTICA DE LA VILLA Y CORTE

NOBLE ORIGEN DE UN BARRIO



N LA MANOLESCA CALLE DE TOLEDO existe una calleja angosta y sucia que nace al fin de la Fernandina mole de la Fuentecilla y va a morir en las plácidas riberas del sosegado Manzanares; la tal calleja llámase de la Arganzuela.

Via t'n plebeya y poco aseada es de origen tan alto que viene de estirpe regia.

Diz, que allá por los años de 1480 había por aquellos andurriales un grupo de informes y ruinosas casuchas (honorables y legítimas ascendientes de las que hoy forman los *venerables* barrios de las *Injurias* y de las *Cambroneras*) que servían de albergue a varias familias de alfareros.

Entre estos modestos artífices había uno al que decían tío *Daganzo*; por ser natural a lo que parece, del pueblo de este nombre.

El tal, que era viudo, había nutrida prole. Ocupaba el postrer lugar en el orden de descendencia una mozuela llamada Sanchica, enferma y enclenque en manera tan lastimosa que jamás pudo ocuparse en nada ni ayudar a los suyos en las tareas más simples. Peligroso era encomendarla trabajo alguno en el alfar sino querían que finase con la industria y con el vivir de la familia. Cacharro que tocaban sus desdichadas manos volvía a su primitivo origen.

Lamentando tanta inutilidad el tío *Daganzo* determinóse a emplearla en el acarreo de agua aun sabiendo que cada viaje costábale un cántaro nuevo.

Esta desdicha y torpeza de manos traían a la rapaza infelice a más del desprecio y el enojo de su propio padre, a una triste popularidad entre sus convecinos.

Tomando el apodo de su progenitor, decíanla *Daganzuela*, pero el vulgo que nunca fué amigo de perder tiempo en palabras corrompió el vocablo haciéndolo más fácil a su pronunciación y la llamó la *Arganzuela*.

II

La diosa fortuna, que pocas veces es amiga de proteger a los desamparados y pobrecitos de espíritu, dispuso que una tarde la católica Reina Isabel que solía hallar gusto en recorrer los alrededores de la Villa acertase a pasear por cerca del barrio de los alfareros.

Sin duda contagiósele la sed de nuestro pobre río, y pidió de beber. Procedióse a buscar vasija digna de los augustos labios. El búcaro más fino y primoroso que pudo haberse a la mano fué el que ofreció Sanchica la *Arganzuela*.

Encerró en él la linfa transparente del río que entonces corría más limpio que ahora, y ella misma, entre el grande asombro de las gentes que la conocían y a quienes de ordinario servía de moza, fué a poner el vidrio en las reales manos sin que se derramase una gota, ni se quebrase el recipiente.

Agradeció la Reina el servicio tan de buena voluntad que por

niendo los ojos en su improvisada azafata, trabó parleta con ella comenzando por enterarse de quién era hija.

—No más de padre y hermanos tengo, mi señora— respondió Sanchica, mostrando haber más vigor en la lengua que en las manos.

—Y tú ¿ayúdasles en sus me esteres?— prosiguió la ejemplar soberana.

—No puedo aunque bien quisiera —replicó la moza—. Ha de saber vuestra Alteza, que me sobra la voluntad pero me falta las fuerzas. Soy muy para poco. Cosa que tocan mis manes en ellas acaba.

—¡Válate Díos, pobre niña! De suerte que si tu padre muriese y abandonarante tus hermanos, ¿no podrías ganarte la vida por ti sola?

—Pienso, señora, que no...

—Toma luego tu cantarillo y ve a llenarle al río cuantas veces te consientan tus fuerzas y con el agua que tomes en él, riega la mavor parte de terreno que alcances.

Prestamente obedeció la moza señalando con las gotas que caían del barro un dilatado perímetro.

Al verter por tercera vez la vasija mostróse visiblemente fatigada.

Echólo de ver Isabel y exclamó acudiendo a remediarla por sí misma.

—Tuya es toda la tierra que regaste; con el sudor de tu frente y la fatiga de tu cuerpo hasla ganado. Será tu dote.

Y tornándose luego donde estaban las damas y los caballeros de su séquito les dijo con entereza de quien manda para que sus órdenes sean cumplidas sin expedientes ni dilaciones.

—A vosotros cumple el curar que mañana mismo quede firme mi promesa.

III

Sanchica la *Arganzuela* quedó desde entonces constituida en dueña y señora de aquellos terrenos, donación que fué afirmada con todas las formalidades y requisitos de las leyes.

De allí a poco, feneció el tío *Daganzo*, y por no verse sola en el mundo, a más de por haber sonado la hora de que el amor llamara a su puerta, contrajo matrimonio, que no fué muy duradero, pues a poco de haber su tercero hijo, quedó viuda.

Muerto su esposo, dedicó el resto de su vida a ejercer el bien y practicar la virtud.

Hizóse hermana de la Venerable Orden Tercera y empleó su caudal en limosnas para la edificación de la capilla de San Francisco y en otras obras de interés público y religioso.

Murió tan piadosa señora tan inútil para el trabajo como apta para la maternidad y la religión (que todo es santo, placentero y doloroso) mediando la centuria décimo sexta, y fué sepultada en la capilla de San Onofre del convento de Jesús y María.

¡Dios la tenga en su santa gloria, a la derecha, donde se asientan los justos, y nuestros ayuntamientos, en bien de los vecinos y veneración por tan ejemplar mujer, cure un poco más de estos barrios que nacieron de la piedad de una Reina.



CUENTOS DE ANTAÑO

FRUTOS DE DOLOR



DATRIMONIO DE POETAS ES el dolor y algo así como la raíz de su alma y la medula de su poesía. De poeta es padecer, con refinado y estético sufrir, tornando el daño en provecho y convirtiendo sus propias lacerias en lindas perlas y fragantes rosas. La bellísima imagen —harto reproducida— del sándalo que perfuma la segur que le hiere, es

la más noble y exacta que fantasía humana pudo concebir para retrato y símbolo de poetas.

Quiero contaros, a este propósito, un cuentecillo con dedos de fábula y aires de leyenda que oí de labios del pueblo, sesteando yo un día a la sombra de unas moreras no lejos de un parlero manantial. La frescura del sitio, el rumor del agua, la serenidad de los cielos, el habla sentenciosa de los campesinos, trajéronme a la memoria el recuerdo de las antiguas fábulas, siendo grande parte al gusto y provecho de la ingenua narración.

Hela aquí, despojada, al pasar de aquellos labios a los míos, de su puro y sutil aroma de antaño.

I

Hallábase el pobre Job, aquel desventurado poeta de la Biblia, presa de la maligna enfermedad que las sagradas Escrituras refieren: taladraban su carne agudos clavos; encendíasele la sangre con la fiebre; huía de sus párpados el sueño, y todos estos males se juntaban, para mayor tortura, con extremada pobreza, que no consentían, para alivio de ellos, techo ni abrigo, cama ni regalo, sustento ni medicina, ni otro alguno de esos consuelos que los enfermos tener suelen. Era su lecho el polvo de la tierra; su medicina una teja rota; su alivio la esperada querella de su dura cónyuge; con todo lo cual fué escabando el triste, pero no con prisa, que fuera más ligero tormento, sino templadamente y poco a poco, para más largo y refinado padecer.

Acordábase el pobrecillo —como es hábito del que sufre, traer a la memoria el placer pasado— de toda aquella salud y abundancia del destruído hogar, de sus siete hijos, hermosos como cedros del Líbano, y de sus tres hijas semejantes a las rosas de Jericó; de sus criados y haciendas, de sus ovejas y camellos, de los banquetes generosos con que en la casa de sus deudos alegró antaño sus días...

Evocaba después todas las escenas de ruina y desolación que al presente estado le trajeron, y caíanle, mansas, de los ojos las lágrimas.

Reprendíale su mujer con aspereza, convidándole a estéril desesperación, pero el santísimo poeta volvía al cielo los angustiados ojos, espejos de infinito dolor y de infinita paciencia, y decía aquellas palabras eternas, unguadas por el amor de Dios... —Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré a la tierra; el Señor lo dió y el Señor lo ha tomado; sea su nombre bendito y alabado por todos los siglos de los siglos...

II

Llegaron a esta sazón cuatro amigos al lugar donde Job paraba. Apenas acertaron a verle de tal guisa, con el cuerpo desnudo y lacerado, los ojos llenos de lágrimas, el roto monjil caído y la sucia teja en sus crispados dedos, conocieron con toda su áspera realidad aquel terrible infortunio. Eran estos amigos personas de calidad y aun se cree que fueran reyes. Al alzar la vista y ver a Job, poniendo el grito en los cielos, lloraron con fuerza, rasgaron sus vestiduras y esparcieron polvo sobre sus cabezas; y sentáronse en el suelo por siete días y siete noches y no hablaron palabra; de tal modo el espectáculo de aquella desventura habíales traspasado el corazón.

Al cabo Job abrió los labios; rompió el silencio y maldijo el día en que nació y la noche en que fué concebido, y deseó para aquella noche oscuridad eterna y muerte y amargura; que no fuese ayuntada a la cuenta de los días y de los años; que permaneciera por siempre solitaria, sin estrellas ni canciones; que en vano esperase la luz y jamás viera abrirse los suaves párpados de la mañana.

Y esto, no por impaciencia ni cólera, como advierte el divino Pray Luis de León, sino por aborrecimiento natural de los trahejos de la vida y de su condición miserable, sujeta a tan desastrosos reveses; por donde es mejor morir que vivir y la suerte de los muertos más descansada que la de los vivos. Querellarse no es, al cabo, señal de ánimo impaciente, pues el mismo Jesús, que calló siempre en medio de sus males, quejóse al fin en el último de ellos, diciendo en la Cruz con voz angustiada y triste: «Padre mío! ¿Por qué me has desamparado?» Con lo cual se da a entender que el Justo, sin exceder la paciencia, puede rogar a Dios, si es servido, que le acabe el dolor con la vida.

III

Llegó al fin un momento en que hartó Job de avivar con la memoria del bien pasado el sentido de la miseria presente y de ahondar en su propio dolor, buscando las raíces de él y toda su negra filosofía; habiendo hecho plática y disputa sus amigos de la desventura que lloraron, hasta remover en el alma de Job todas las dudas, llegó un momento en que apareciéndose Dios a los ojos del lastimado poeta, le enseñó cuán en vano pretendía averiguar las razones de las cosas y penetrar en los divinos juicios; le animó a contender con El sobre la pasada disputa, y Job, lleno de humildad, se arrepintió de la ligereza y descuido de sus palabras.

Y sucedió entonces, que el Señor comenzó a darle señales de Su piedad y a aliviar un poco sus padecimientos.

Uno de los mayores era el calor del Sol que durante el

día dábale con fuerza y acrecentaba el ardor de la calentura y el picor doloroso de las llagas.

Pero he aquí que una mañana brotó de aquella tierra, bañada por el llanto del cuitado, un arbolillo forastero de ramas lisas y derechas, cubiertas de recortadas hojas, que fué creciendo con rapidez nunca vista y llegó a cobijar el cuerpo de Job y a refrescarle con su sombra amiga. Las llagas de su cuerpo comenzaron a secarse, y la fiebre a descender de hora en hora, y aquel temblor y angustia y tribulación de su cuerpo y de su alma a convertirse en llanto y salir afuera por los ojos, en provechosas lágrimas, de esas que lavan de paso el corazón y le reparan y consuelan.

Caían las costras que afeaban sus miembros; borraríanse las hondas cicatrices; volvía la piel a su primer estado, limpia y sana, teñida de un puro color de rosa.

Los gusanos resbalaban y caían como granos de trigo sobre la tierra; deslizábanse por ella, semejante a un hormiguero y se refugiaban en el árbol que prestó sombra y frescura a Job, subiendo hasta las ramas y mordiendo las hojas tiernas salpicadas de rocío...

IV

Un día, presto ya Job a recobrar sus hijos, su salud y sus bienes, que habían de venir poco a poco, doblados y engrandecidos por el dolor, holgábase mirando el árbol que tanto le consolara en su pasada aflicción, y... ¡cuál no sería su sorpresa al ver que aquellos gusanos que de su carne martirizada habían salido, poblaban ahora el árbol como de gotas de ámbar y menuditos piñones, y que echaban de sus hoquitas un hilo sutilísimo y reluciente, parecido a un rayo de sol, con el cual hilo daban vuelta de manera que fabricaban un precioso capullo, donde reía la luz como en una pepita de oro! Y después de un capullo, otro y otro hasta llenar todas las ramas del arbolillo forastero, que parecía una vid cuajada de dorados racimos.

Job, entonces, halló que aquellos racimos eran de un plumón precioso y suave, grato a los ojos y delicioso al tacto, y juzgó que tejiéndole, como el cañamo y el lino, podían aderezarse opulentas vestiduras y bordados primorosos, que fueran el encanto y la alegría del hombre, y, sobre todo, de la mujer...

Y juró fabricar, en cuanto le fuera dado, una rica túnica, para ponérsela en lugar de la que había roto, y alabó el nombre de Dios que, por el dolor y la paciencia de un hombre solo, dió a todos los hombres el primer capullo de seda...

Tal vez algunas de vosotras, lindas y amables lectoras, no supierais que fué debida al buen Job, a aquel atormentado poeta de la Biblia, el espléndido regalo de la seda.

Si; de los gusanos que roían su carne nacieron esos otros preciosos gusanos, cuya baba sutil ofrece a vuestros hermosos cuerpos finísima cobertura. Aquellas enconadas landres que picaron su piel, encendiéndola en fiebres y humores, tornáronse como de oro, y destilaron la hebra de seda, semejante a un rayito de sol.

Con lo cual quedó cumplida la ley eterna de nuestro vivir, que brota con estremecimientos de los entrañas y hace cuajar la belleza en senos divinamente atormentados, como frutos peregrinos del dolor y de la paciencia...

RICARDO LEÓN





DOÑA CONSTANZA Y DOÑA SANCHA, INFANTAS DE ARAGON



ERAN DOS PRINCESAS de leyenda, la una bella y la otra santa, cuyas vidas, llenas de encanto, se esfuman al margen de la historia gloriosa de su reino, envolviendo sus existencias de amor y misticismo un halo de misterio, que vela, en una, la tragedia, y, en la otra, un milagro.

De las dos nos habla el literato D. Juan Manuel, regalándonos el grato recuerdo que parece una conseja, engarzado en las líneas de su cálida prosa, con todo el atractivo y ambiente del relato tradicional recogido por el insigne narrador, casi contemporáneo, de los hechos (1).

(1) Obras de D. Juan Manuel, *Tractado que fizo sobre las amas, etc.*, pág. 259. *Escritores en prosa anteriores al siglo xv*, Rivadeneyra, Madrid, 1884.

La Corte esplendorosa de Jaime el Conquistador, el rey guerrero y galante, aludido por los poetas satíricos, querido por el Papa y admirado hasta en el remoto Oriente, es el fondo donde se destacan estas dos interesantes figuras femeninas; D.^a Constanza, que «al su tiempo non había mas ferosa muger en ninguna tierra», y la humildísima y piadosa D.^a Sancha, Infantas de Aragón, hijas de D. Jaime I y de la húngara doña Violante, que traía a hispanas tierras costumbres y remembranzas de su patria lejana.

Doña Constanza y D.^a Sancha tenían tres hermanas: la primogénita, D.^a Violante, y María e Isabel, las más pequeñas, con otros cuatro hermanos, entre los cuales se contaba aquel que había de ser el gran Pedro III.

Según nos cuenta la deliciosa tradición, entre las cinco Infantas no existía la absoluta cordialidad que era de suponer entre doncellas de tan alto linaje, pues la envidia, que lo mismo hiere los corazones de los poderosos que de los plebeyos, hizo presa en D.^a Violante, a quien dolíale hondamente la incomparable be-

llezas de su hermana Constanza. Tal vicio, que demostró desde pequeña la Infantita Violante, preocupa e impresiona a la Reina húngara, que, al advertirlo, con pesar, inclina su preferente afecto maternal hacia Constanza, «despagándose muy fieramente de D.^a Violante».

Pasado el tiempo, bien recordaba esto la noble dueña D.^a Sanvina de Bedes, ama de la esposa de D. Juan Manuel.

A tal extremo llegó la malquerencia de Violante contra Constanza, que su madre, torturada, concibió «muy grand recelo quel quisaria la muerte por quantas partes pudiese», a pesar de hacer algún tiempo que la primogénita aragonesa hallábase en Castilla, donde parece no se amortiguaron sus torcidos sentimientos.

Los reinos españoles, Aragón y Castilla, regidos por Jaime el Conquistador y San Fernando, que con su espada habían extendido los dominios cristianos por Valencia, Murcia y Andalucía, quisieron unirse en firme amistad, que aseguraría un enlace matrimonial, efectuándose éste entre D.^a Violante y el heredero castellano D. Alfonso, el Príncipe legislador, astrónomo y poeta (1248) (1).

Entonces la Reina de Aragón, deseando sustraer a su hija predilecta de las envidias de su hermana, la futura Reina de Castilla, rogó a D. Jaime, sin declarar motivos, no casara a Constanza sino con un Monarca, apartando así toda posibilidad de que la hermosísima Infanta pasara al reino castellano. Con esta promesa solemne de su esposo, D. Jaime, murió tranquila la Reina oriunda de la distante Hungría.

Hacia esos años moría también San Fernando en Sevilla, su más preciada conquista, sucediéndole su hijo Alfonso X el Sabio, que, siendo Infante, alcanzara brillantes victorias en los campos ubérrimos de Murcia.

Pero precisamente esos triunfos le trajeron al Rey trovador hondas desavenencias con su suegro D. Jaime: las fronteras de Valencia y Murcia originaron la discordia.

En tales circunstancias llegan al reino aragonés un noble y un infante castellanos acompañados por su séquito; eran los caballeros D. Lope de Haro, el aún joven pero ya turbulento señor de Vizcaya, y el Infante D. Enrique, hermano de Alfonso X, y, por tanto, hijo de Fernando III y de la alemana D.^a Beatriz de Suabia (2).

Don Enrique, de espíritu ambicioso, rebelde por temperamento, no se avenía a someterse a su hermano D. Alfonso, y se presentaba a Jaime el Conquistador, ofreciéndole su apoyo para combatir al de Castilla. Estos fueron los comienzos de aquella agitada vida, de aquella alma inquieta y errante que alentó en el Infante Enrique de Castilla, quien había de ser caudillo en África, senador en Roma, prisionero en Pulla

y perturbador en la minoría de Fernando el Emplazado (1).

La entrevista con el Rey de Aragón tuvo lugar en Maluenda, cerca de Calatayud, y allí D. Enrique, subyugado por la belleza de D.^a Constanza, pidióla por esposa al Soberano, para sellar el pacto; mas D. Jaime hubo de declarar entonces el juramento que, ignorando la causa, hiciera a la difunta Reina, ante lo cual el enamorado Infante prometió ganar a los moros el reino de Niebla para titularse Rey y merecer la mano de la hermosa Princesa.

Don Enrique sentía los estímulos de la gloria para ofrendarla a la bella aragonesa, de quien era correspondido, pues parece que cuando las vistas de Maluenda, existían ya entre Constanza y el castellano «encubiertas palabras de casamiento, ca sin dubda ellos se amaban mucho el uno al otro». ¿Cómo nació aquel amor entre dos Príncipes de distinto reino? ¿Cuándo cambiaron las primeras palabras? Una neblina de misterio envuelve el idilio príncipesco a través de los siglos, mas no tanto que nos impida entrever atraídos con sugestivo incentivo cierto viaje a caballo que realizó la Infanta de «un lugar a otro» en disimulada y grata plática con un servidor, que era nada menos que el Infante D. Enrique, quien iba «desconocido cabo ella, en el lugar del home que levaba las salidas; et así que fue sablando con ella tres leguas».

Este viaje, digno de figurar entre los romances de los trovadores, nos hace pensar en un sigiloso mensaje que D.^a Constanza haría llegar a D. Enrique, anunciándole el itinerario, en la rápida marcha del Infante a tierras de Aragón y en la complicidad de un compasivo criado que encubriera el disfraz de aquel galán, hijo de Reyes.

Entonces, durante las dulces horas que tardaran en recorrer las tres leguas de camino, debieron jurarse por esposos la linda princesita y el soñador Infante.

Pero la suerte, no siempre venturosa para los enamorados, dispondría de los destinos de D. Enrique y de D.^a Constanza de muy distinta manera de como ellos ansiaban con vehemencia.

Desde Maluenda se encaminó D. Enrique, sin demora, a luchar por la conquista de Niebla con el ardor del que cifra en una sola cosa la felicidad de su vida.

En efecto, las armas del Infante obtienen grandes triunfos, los moros pierden terreno, y ya parece un hecho la ocupación de Niebla; pero el Rey de Castilla temiendo por la integridad de su reino desea la villa andaluza para su corona, y no como minúsculo Estado independiente de su hermano Enrique (2).

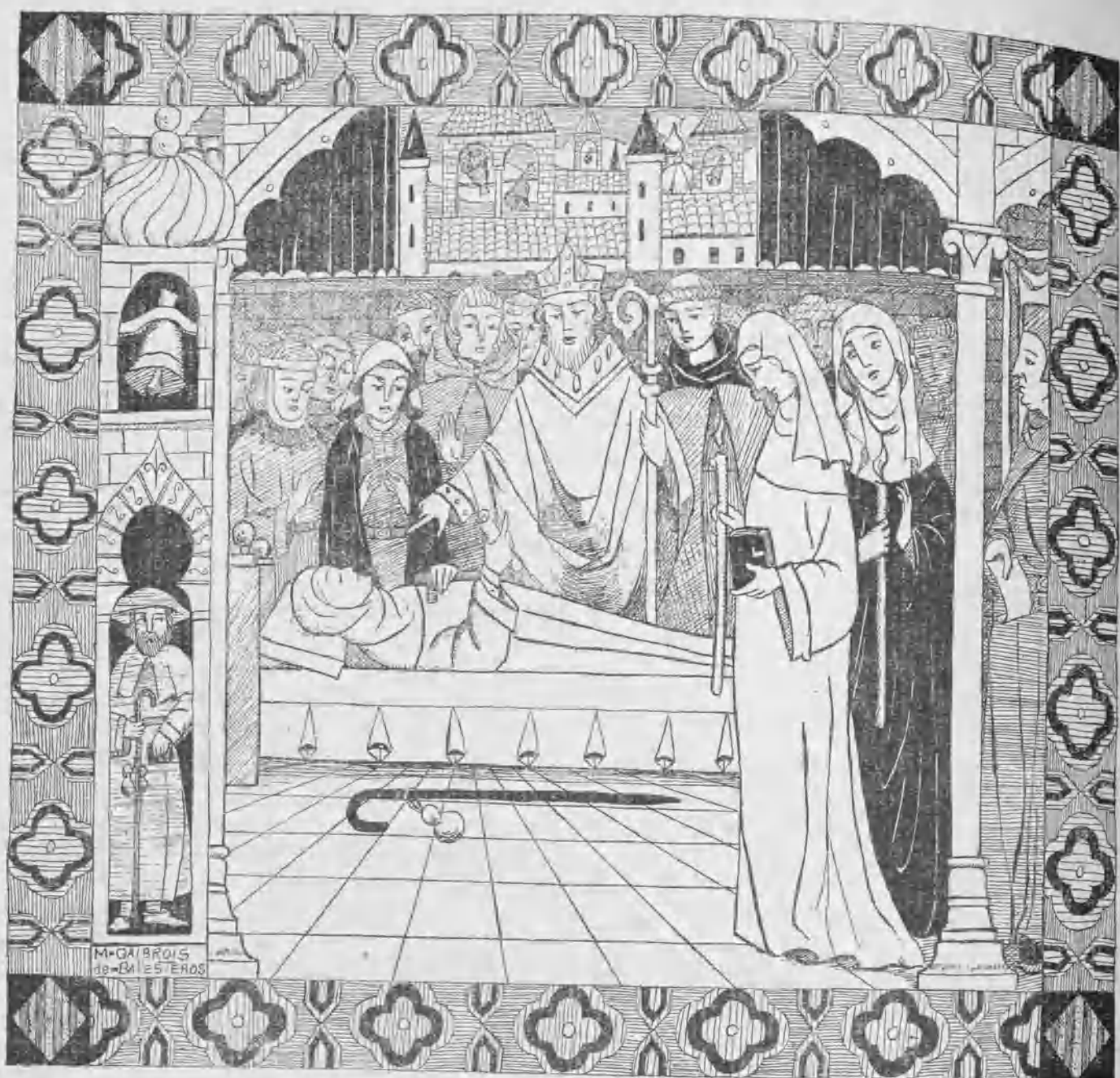
Entonces, D.^a Violante, tal vez aguijoneada por la envidia, ve con profundo disgusto se case su hermana con el rebelde conquistador de Niebla, y procura evitarlo. Vestida modestísimamente toma a sus hijos, niños pequeños, y se dirige en precipitada marcha a Ca-

(1) V. el Marqués de Mondéjar, *Memorias históricas del Rey D. Alfonso el Sabio y observaciones a su Crónica*, Madrid, 1777.

(2) Zurita, *Anales de Aragón*, tomo primero, fol. 170.

(1) V. José del Guindice, *Don Arrigo, Infante di Castiglia: Narrazione Storica*, con note e documenti, Napoli, 1875.

(2) A. Ballesteros, *Sevilla en el siglo xiii*, Madrid, 1913, página 58.



latayud en busca de su padre, habiendo enviado antes un mensajero para anunciarle «que non se llamando ya Reina, que se venia para él con sus nietos».

Don Jaime, al recibir tal noticia, sale al encuentro de su hija y pasa por su lado sin conocerla, creyendo eran *cobijeras* o doncellas de la Reina de Castilla; pero ésta, al ver pasar a su padre, se deja caer de la bestia dando grandes voces.

Ante la extraña escena, el rey aragonés queda maravillado y no quiere escuchar a su hija hasta que se sosiega, preguntándole, pasados los instantes de excitación, si es que ha muerto el rey su esposo, a lo cual responde Doña Violante en tono de gran queja: «que vivo era, mas que pues él [D. Jaime], seyendo su padre le quería tomar el reino a ella e a sus fijos, que se querían venir para su casa, que mejor le era, pues el reino habian perder, estar en casa de su padre que non en tierra extraña».

Don Jaime, que no salía de su asombro, hubo de rogarle se explicara con mayor claridad, arguyendo entonces a su padre la soberana de Castilla, que si continuaba apoyando a Don Enrique y daba a éste por esposa a su hermana Constanza, «que ficiese cuenta que el rey, su mando et ella habian perdido el reino», extendiéndose en mil lamentos y razones.

A esto, el rey Conquistador que era *bueno y leal*, «non se catando de tan grand engaño et de tan grand maestría», cede y ofrece retirar su palabra a Don Enrique para evitar a su hija Violante los males que le pinta, pero le hace observar la obligación a que le sometía el juramento de casar a Constanza con un soberano.

Para esto halla solución la reina castellana prometiendo que al reducir el sublevado reino de Murcia, lo darán a su cuñado Don Manuel, hermano de Don Enrique, el preferido de Don Alfonso, y una vez rey de Murcia Don Manuel, lo casarian con la infanta Constanza.

El monarca aragonés acepta, fijándose vistas en Soria para ratificar solemnemente el convenio con su yerno Don Alfonso.

Bien podía estar satisfecha la reina Doña Violante, si su intención era perversa hacia su hermana; el proyecto matrimonial, truncaría en flor aquellas ilusiones que las mujeres de regia estirpe casi jamás realizan.

La noticia llega a los campos de Niebla causando una verdadera tempestad en el corazón de Don Enrique, que al ver anulada su alianza con Jaime el Conquistador, pierde toda esperanza de obtener el reino, y la para él más preciada de alcanzar la bellísima

dama de sus pensamientos. Por oscuras pasiones, la que soñó para esposa, lo sería de su hermano Don Manuel.

Después de recibir tan ingratas nuevas, tiene lugar un encuentro entre las huestes del infante y las del rey, en que luchan cuerpo a cuerpo Don Enrique y Don Nuño de Lara, saliendo ambos heridos.

Luego se retira el infante hacia Extremadura «robando y haciendo muy grand guerra» para desahogar su despecho y saciar sus ansias de venganza.

Como rastro de la indignación de los enriqueños, por el incumplimiento de Don Jaime, corría cierto satírico cantar, cuyo estribillo era:

«Rey viello [viejo] que Deos confonda,
tres son estas con a de Malonda.»

Entre tanto, para evitar cualquier vacilación en el aragonés, se hace a toda prisa el matrimonio del infante Don Manuel con Doña Constanza, que, víctima de la desventura, obediente a las costumbres de su época, hubo de aceptar aquello a que la obligaba la palabra política de su padre, seguramente ignorante de la tortura que causaba a su hija.

Don Manuel acude a Calatayud para celebrar sus bodas, y mientras en la iglesia se verifica el desposorio y se dice la Misa, el montero Martín Martínez de Fazas con otros cien monteros del infante Don Manuel, armados de venablos, custodian el templo, temerosos de que el enamorado Don Enrique llegara allí exigiendo por las armas sus derechos a la mano de la desposa la.

Muchos años después, el montero Martín Martínez, ya muy viejo, no olvidaba aquella mañana de zozobra en que se efectuó la singular fiesta nupcial, y lo refería, con detalle, al niño Juan Manuel, hijo del infante que se casara con la novia de su tío Don Enrique.

Este infante, viendo deshechas su ilusión y ambiciones, pasa por Aragón y de allí parte a Túnez. Quizás deseara buscar el olvido en los azares de la guerra, o tal vez confiara en conquistar un reino en tierras africanas para reclamar a Doña Constanza, obteniendo la nulidad del matrimonio con Don Manuel. Por un cruel capricho de la vida, su prometida habíase trocado en su cuñada.

El infante Don Enrique lucha en Africa, y va a Italia mezclándose en infinitas contiendas, mas no se casa, hasta que ya decrepito vuelve a Castilla, al cabo de muchísimo tiempo, cuando ya no vivía la mujer que encarnó los sueños de sus años juveniles (1). Su prolongado celibato nos hace conjeturar guardó fidelidad al amor verdadero que le inspiró la bella aragonesa.

Para Doña Constanza quedó rota su existencia. El compromiso de Murcia, por complejos motivos, no se cumplió, contentándose Don Manuel con el Señorío de Elche, como dominio independiente; tal concesión, muy inferior a la promesa, sólo sirvió para halagar la vanidad del buen infante, que por su calidad especial

de Señor independiente «podía facer caballeros, non seyéndolo él», pues para armarse él o los de su linaje, hubieran de haberlo hecho a la manera de los reyes.

La transacción de Elche contrarió positivamente a Doña Constanza, que dijo ante Alfonso García «que ya bien creía que era muerta».

Entonces optaron los esposos por marchar a Marruecos, alistándose con este fin una nave en *Santapola*, pero el mayordomo del infante, Don Sancho Pérez de Ayala, les aconseja ir a Francia, pues «seyendo la infanta tal dueña, et tan apuesta, que por aventura tomaría tal deshonor que querría más la muerte que la vida» si residían en tierra de moros, tan mal llamados en todo sentido. Estas razones hicieron desistir del viaje a Don Manuel.

No mucho después adoleció Doña Constanza, y «¡mal pecado!, dicen que lo que la infanta tenía quel acaesció... Ca la razón de su muerte fué un tabaque [cesto] de cerezas quel envió la reina su hermana».

Así refiere la tradición, el fin de la *mujer más hermosa de en tiempo*, quedando como un enigma la verdad de aquella tragedia muda. Pero no podemos, sin escrúpulos, acusar a la reina Violante, pues los venenos muchas veces sirvieron de nefando consuelo a los corazones desgarrados por un amor sin esperanza.

¿Qué misterio de muerte encerraba el siniestro cesto de cerezas? No lo sabemos. Sólo queda en nuestro espíritu la amarga sensación de un ignorado drama de amores y de odios.

Sobre el recuerdo de la infanta bella flota una sombra roja de tragedia. Pensemos ahora en la princesa santa.

Hermana de la desdichada Constanza era la infanta Sancha, la piadosísima doncella, en cuyo pecho ardió una chispa de aquel anhelo igneo que abrasó a los Cruzados.

Mas si como mujer no podía ceñir los guerreros arreos, ni disputar con la lanza a los infieles la posesión de los Santos Lugares, no le era vedado peregrinar a aquellas tierras que pisaran las Divinas plantas de Jesús.

Doña Sancha, con la firmeza de quien hace un voto irrevocable, abandona los regalos de su regio hogar, y vistiendo las pobres ropas de los peregrinos, desconocida de todos, emprende la ruta de Palestina, confundida entre tantos otros devotos, que sin meditar en distancias, incomodidades y padecimientos, encaminaban sus pasos hacia el Santo Sepulcro para venerarle y satisfacer así su ardiente aspiración de fervorosos cristianos.

La infanta aragonesa, plena de cristiana humildad, llega al hospital de Acre, y encubriendo su alcurnia se dedica a servir a los romeros en aquella hospedería, gozosa al cumplir la vocación de su alma iluminada por verdadera fe.

Pasan los años, y el 4 de Septiembre de 1269 salía del puerto de Barcelona una lucida escuadra compuesta de tres grandes naves, 12 galeras y un gran

(1) Salazar. *La Casa de Lara*, tomo I, pág. 9. Al volver a Castilla, Don Enrique se casa con Doña Juana Núñez de Lara, la *Palomilla*.

número de bajeles que conducían a unos miles de infantes y almogávares. Entre aquellos viajeros se contaban los obispos de Barcelona y Huesca, dos hijos del monarca, Maestros y Caballeros de las Ordenes de Calatrava, el Temple y San Juan, caballeros y ballesteros castellanos, y el propio rey Don Jaime (1).

La brillante flota zarpaba con rumbo a Tierra Santa.

El rey Conquistador, el príncipe tan venturoso en armas, había sido requerido por el Papa, para intentar una nueva cruzada, habiendo recibido asimismo importante embajada del gran Khan de los Tártaros, el enigmático Sultán de un misterioso Imperio que ofrecía someterse a la Cruz y apoyar en Oriente las bélicas empresas de Don Jaime.

Además, quizás el aragonés sintiera afirmarse sus energías de guerrero cruzado recordando la peregrinación de su hija; su fe inquebrantable, sus largas pláticas familiares en que Doña Sancha haría vibrar el espíritu religioso de los suyos, exaltando con unción de creyente la inefable gloria de los primeros héroes de aquella epopeya medioeval de las Cruzadas. Los Caballeros ingleses, franceses y alemanes de los siglos XI y XII, Godofredo de Bullón, Ricardo, Corazón de León, Federico Barbarroja, y tantos otros, que insensibles a la adversidad material, lograran tan grandes victorias, serían mencionados con entusiasmo por la princesita Sancha.

Jaime el Conquistador, había tenido en su hija un predicador de Cruzada, y tal vez, esta sería una de las causas por las cuales partía de Barcelona aquella armada el 4 de Septiembre. Mas una borrasca deshace muchas embarcaciones y el rey ha de retornar antes de llegar a Italia. Sin embargo, algunos navíos, sobreponiéndose al temporal continúan camino de Oriente, al mando de Pedro Fernández, hijo del soberano (2).

Los valerosos aragoneses llegan hasta Acre, pero su reducido número y quizás desconocidos incumplimientos de quienes prometieron auxiliarles, malo

(1) Ch. de Fourtoulon. *Don Jaime I el Conquistador, rey de Aragón, Conde de Barcelona, Señor de Montpellier*. Valencia, 1874, Vol. II, pág. 312.

(2) Carreras y Cande. *La Cruzada a Tierra Santa. (1269-1270)*. Pág. 306, parte I. Congreso de Historia de la Corona de Aragón, dedicado al rey Don Jaime I, etc. Barcelona, 1909.

gró la empresa, volviendo a Occidente en Febrero de 1270.

Así concluyó la expedición a Tierra Santa, pero los Cruzados aragoneses traerían el piadoso recuerdo de su Infanta Sancha, que consagró su existencia al servicio de los peregrinos, como mística ofrenda de humildad deshojada sobre la tierra unguada por los pies del Señor.

Doña Sancha, que quiso pasar su vida ignorada de todos, dedicándose solo a Dios y a sus hermanos los peregrinos, había de morir también desconocida; ni siquiera se supo el instante de su último suspiro.

Cierto día, en Acre tañeron a muerto las campanas; nadie las repicaba, no se sabía que nadie hubiera muerto en la población, y sin embargo desde todos los campanarios la lúgubre voz metálica hablaba de difuntos. Los vecinos admirados del prodigio buscaron en todas las casas «et non fallaron home ni mujer finado en toda la villa, si non una romera...»

En el Hospital de los peregrinos yacía una difunta aprisionando una carta con la rígida mano. A la pobre celda acudieron numerosas personas, y alguien intentó coger la carta de la muerta, pero fué imposible abrir los dedos contáidos. Entonces llega allí un prelado, y con voz solemne, que parecía repercutir con ecos de ultratumba, mandó al cadáver de la romera, bajo Santa obediencia que diese la carta. Y en aquel instante, en que los presentes estaban confundidos aun por el misterioso redoble de campanas, hubieron de escalofriarse, viendo como la mano yerta, por sí sola abría los dedos.

El prelado toma la carta y lee en ella, ante el asombro de todos, que la pobre romera cuyo origen y procedencia habían ignorado siempre, era la Infanta Doña Sancha, hija de Jaime el Conquistador y de Doña Violante de Hungría.

Cuantos allí se hallaban, hondamente impresionados, «dieron gracias a Dios et hicieron grande honra a aquel cuerpo santo...»

Medio siglo después, Isabel de Mallorca, mujer de Don Juan Manuel, y las dueñas de su casa, contaban conmovidas la bella tradición.

Sobre el recuerdo de la Infanta santa flota la estela blanca de un milagro.

MERCEDES GAIBROIS DE BALLESTEROS

